

ANDRÉS AVELINO CÁCERES HÉROE MÁXIMO DEL PERÚ

Por: Germán Calderón Ticse.

Por sus virtudes cívicas y por sus hazañas bélicas, Andrés Avelino Cáceres, el Soldado de La Breña, es uno de los principales paradigmas de la Nación Peruana. Cáceres fulgura en la memoria nacional como el ejemplo a seguir. Su legado es imperecedero; sus ideales son eternos. La vida del Soldado de La Breña, hoy más que nunca, aparece en la historia como una lección plena de enseñanzas, para esta generación y aun para todas las que se sucedan en el porvenir.

Cáceres consagró a la patria el íntegro de su gloriosa existencia, y por ello entre los peruanos tiene un recuerdo en cada memoria y tiene un altar en cada corazón. No hay peruano que no pronuncie su nombre con sentida unción patriótica, recordando al hombre extraordinario que, luchando contra todas las adversidades, supo conducir, en horas aciagas para la patria, la bandera del honor y de la dignidad nacional.

Cáceres no fue ungido héroe en virtud de un decreto. Cáceres fue elevado a esa categoría inmortal por la opinión de todos sus compatriotas, que reconocieron en él a un hombre superior, al hombre que encarnando el más acendrado patriotismo, puso al servicio del Perú todas sus energías, todo su valor y toda su alma.

Por todo ello, cualquier palabra que se pronuncie en su honor estará siempre justificada. La aureola de su gloria ilumina más que las llamaradas de los volcanes y su voz llamándonos a luchar por el bien del Perú, en todo momento y sin claudicaciones, resuena aun más fuerte que el estrépito de la naturaleza puesta en furia.

Andrés Avelino Cáceres simboliza lo más noble y sacrosanto de la peruanidad. Los peruanos vemos en él a la personificación más grande de las glorias nacionales. Cáceres enalteció el pabellón patrio enarbolándolo en numerosos combates y conduciéndolo, altivo y enhiesto, de uno a otro confín del país, como símbolo emblemático de la resistencia jamás doblegada.

De 1879 a 1884, durante cuatro años de incansable trajinar, Cáceres recorrió de sur a norte nuestro dilatado territorio, tramontando los picachos andinos, atravesando torrentosos ríos, recorriendo angustiosos yermos, presentándose en todas partes, infatigable, sereno y soberbio, ante un enemigo que se sorprendió de tanta audacia.

Grabado está en la memoria histórica del Perú que el heroísmo de Cáceres en la Guerra con Chile, con el sacrificado esfuerzo de sus soldados y guerrilleros, puso a salvo el honor y mantuvo incólume la dignidad nacional. Figura de perfil espartano, guerrero de insignes audacias, patriota de férrea voluntad, Cáceres dignificó la derrota en aquella infausta contienda.

Como soldado, Cáceres simbolizó el heroísmo y la gloria. Insuperable como guerrero, bien se dijo de él que bajo el sol peruano no hubo soldado más grande, ni más genial, ni más extraordinario. Cáceres jamás rindió su espada y, por el contrario, la hizo brillar con mayor intensidad en las horas de infortunio. Las innumerables fatigas, las encontradas emociones de esa prolongada lucha, todo lo pudo resistir porque poseía una vigorosa naturaleza, un indomable valor y un inextinguible amor a la patria.

Fiel seguidor de Bolognesi, Cáceres luchó muchas veces hasta quemar el último cartucho. Y si no tuvo como él la suerte de morir en el campo de batalla, fue porque el destino le deparó la sacrosanta misión de conducir, desplegada y enhiesta, la bandera roja y blanca por toda la vasta extensión de nuestro territorio, desde el océano hasta la ceja de montaña y desde Tarapacá hasta Huamachuco, enarbolándola como símbolo de la resistencia a la conquista y como escudo de la integridad territorial. Bandera que en el fragor del combate quedó muchas veces hecha jirones, que fue cuando se alzó más hermosa que nunca, empuñada por héroes y mártires que con su sangre, sudor y lágrimas, comprometieron para siempre la gratitud nacional.

Cuando la patria padecía la más injusta y alevosa agresión, cuando en medio del desconcierto muchos desesperaban, cuando los tráfugas de todo tiempo perpetraban la traición, comprados con prebendas y dinero, Cáceres, pese a tantas adversidades, tuvo fe. Y por ello se internó en el corazón de la república, para

reaparecer combativo a la cabeza de bravos soldados y guerrilleros, entre quienes supo propagar su fe y su entusiasmo, proclamando que el Perú no estaba vencido.

Así, desde la más alta cumbre de los Andes, contemplando la inmensidad del espacio, inmensidad tan inconmensurable como su heroísmo, Cáceres emprendió la más grande epopeya republicana que registra la historia, sin importarle que la contienda fuese desigual, seguro de que el destino le deparaba la gloria y confiado en la excelsitud de su valor y su patriotismo.

Esa epopeya sin par, por desgracia aún soslayada en los textos escolares, fue la gloriosa Campaña de La Breña. Quiso el destino que Cáceres sobreviviera por más que fue siempre el primero en la línea de combate. Lo hirieron varias veces, le mataron cabalgaduras, vio caer a su lado cientos y miles de camaradas, pero sobrevivió para bien del Perú.

Porque sin Cáceres y sin La Breña, quien sabe si acaso hubiese sobrevivido el Perú, ya que Chile y algunos malos peruanos llegaron a pensar en instaurar un protectorado chileno en nuestro territorio. Se equivocan por ello aquellos que dicen que a Cáceres le faltó morir en Huamachuco para coronar su gloria.

De haber sucedido así, triunfante el invasor extranjero y sus cómplices los traidores, si hubiera muerto Cáceres en Huamachuco nadie hubiese podido impedir una prolongación de la ocupación chilena en gran parte de nuestro territorio. Después de Huamachuco Cáceres levantó aún un nuevo ejército, y ante su nuevo avance sobre Lima fue que los chilenos terminaron retirándose, no sin antes obtener de los traidores un tratado de paz lacerante e ignominioso.

Los adversarios, admirándolo y temiéndole, lo llamaron *Brujo de los Andes*. Porque sin contar el número de sus adversarios, Cáceres libró combates inverosímiles, efectuando maniobras sorprendentes. Así venció en Concepción, Marcavalle y Pucará, oponiendo a los cañones y fusiles del invasor, los rejonos y las galgas, la audacia y la energía, la perseverancia y la fe. Toda la fe de su alma de gran patriota.

Ese fue el Cáceres de la Resistencia, el guerrero sin par, el adalid de la identidad nacional, el paradigma de la dignidad, del honor y del más acendrado

patriotismo. Es tan grande la gallarda figura de este soldado epónimo, que hasta sale de los límites de la historia, penetrando en los escenarios de la leyenda, que embellecen su memoria. La historia, despejada por fin de mezquinos recelos, rinde perpetuo homenaje a su memoria, enaltece sus hechos y los trasmite como ejemplo para las nuevas generaciones, resalta y trasmite como un legado glorioso sus portentosas hazañas, sabiendo que la nación entera guarda por Cáceres una ferviente admiración pues lo considera prototipo ejemplar de la peruanidad.

Pero además de guerrero sin par, Cáceres fue también un egregio ciudadano. La historia le debe aún un reconocimiento por su labor de democrático estadista, en el difícil período de la Reconstrucción Nacional. Como Jefe de la Nación Cáceres fue un estadista vidente. Llegó al poder después del desastre e inició la difícil tarea de la Reconstrucción Nacional.

Con grandes esfuerzos y con muchas incomprendiones, Cáceres reorganizó la hacienda pública, y a su impulso poderoso la república extenuada recobró sus fuerzas; el tesoro público salió del caos y el Perú volvió a ser sujeto de crédito en el consenso internacional. El gobierno de Cáceres sentó las bases para la reorganización de la instrucción pública. Fue un período marcado por un renacimiento en todos los campos del saber y la cultura. Y fue también preocupación del gobierno de Cáceres la Defensa Nacional, dotando a la Fuerza Armada de los elementos necesarios para su resurgimiento.

En la dirección de la vida pública, Cáceres mostró grandes virtudes. Fue un inteligente organizador, y actuó con probidad y austeridad en el manejo económico. Respetando invariablemente la libertad de opinión, Cáceres buscó siempre la conciliación, mostrándose cauto en las divergencias. Por ello su gestión administrativa restañó las heridas de la guerra, permitiendo una recuperación saludable al accionar de la república.

Más tarde, en su actuación diplomática, Cáceres captó las simpatías de todos los gobiernos donde representó, con pulcritud y discreción, los intereses del Perú. Fue ministro plenipotenciario en Alemania, en el imperio austro-húngaro, en Francia y en España, sobresaliendo por su laboriosidad y por su espíritu ponderado.

Cáceres fue además un brillante conductor político, faceta en la que mostró una vez más sus dotes de conductor de masas y de pueblos. Fundó el Partido Constitucional, llamando en torno suyo a eminentes ciudadanos, en un tiempo en que de manera fraudulenta la oligarquía se hizo del poder.

Cáceres orientó su partido político hacia los ideales de la democracia y del patriotismo, siendo principales objetivos de su programa el bien público, la prosperidad económica y la consolidación de la Unidad Nacional. Con admirable rectitud Cáceres supo mantener los principios de su agrupación política e hizo de sus ideales un apostolado, totalmente al margen de cualquier interés mezquino. Y cuando la adversidad se presentó también en este capo, Cáceres supo ser leal a sus compañeros, manteniendo la ecuanimidad en todo momento.

Primó en Cáceres el criterio de exponer las ideas, no el de imponerlas y mucho menos haciendo uso de la violencia. Hombre de espíritu profundamente republicano, profesó el principio de la igualdad en su forma más amplia. El destino lo situó en situación expectable y fue tentado para caer en la soberbia y en la ostentación. Sin embargo, su modestia y su sencillez fueron norma invariable de su conducta.

Tuvo gran respeto por sus semejantes, su trato social fue de una delicadeza admirable y siempre se mostró como fervoroso cultor de la sincera amistad. A lo largo de toda su vida, Cáceres fue un tesonero defensor de la vida en democracia. Se mantuvo siempre al margen de las luchas internas que anarquizaron al país y las deploró con severas condenas al convertirse en protagonista de esa vorágine. Su ideal político fue el de la Unidad Nacional, sin distingo de partidos políticos ni de clases sociales.

Luchó perseverante por la Unidad Nacional, un ideal que nunca pudo ver del todo consolidado. Y fue un demócrata en toda la extensión de la palabra, porque supo escuchar con respeto el parecer ajeno e incluso seguirlo cuando le pareció justo. Enseñó la democracia con el ejemplo, confundándose con las masas populares de la que fue digno representante.

Cáceres fue un portavoz de los ideales de equidad y solidaridad. De ello dio testimonio en varios pasajes de La Breña, luego en su labor como presidente constitucional y más tarde como el principal y más respetado patricio de la república.

Cáceres comprendió los males de la desigualdad social y fue de los primeros en aplicar medidas conducentes a la reforma agraria, amenguando también, en lo posible, las cargas tributarias que pesaban sobre el campesinado.

Varios de sus simpatizantes formaron parte de las huestes del rebelde ancashino Pedro Pablo Atusparia, que no sólo luchó contra los abusos de la feudalidad sino también contra el gobierno chilenófilo de Miguel Iglesias. Cáceres, que tras derrocar al traidor Iglesias fue reconocido como primer mandatario de la nación, recibió en palacio a un hijo de Atusparia, mostrándose así solidario con la causa que defendió el desdichado líder campesino.

Años más tarde, ya en su ancianidad, y durante los años de la República Oligárquica que gobernó de espaldas a los sagrados intereses de la Nación, Cáceres continuó del lado de los desposeídos, incluso anteponiendo su cuerpo para evitar una represión contra los obreros, en Vitarte. Por ello, columnas periodísticas del proletariado lo llamaron Padre de Nuestra Raza Indígena, rindiéndole los más enfervorizados homenajes cuando el Héroe, al exhalar el postrer suspiro, partió a la mansión de los inmortales.

Fue entonces cuando Eduardo Velorio, en la columna “*Vida Obrera*” del diario “*La Crónica*”, escribió con pluma iluminada estos párrafos que nos permitiremos repetir, porque sintetizan el contenido de un hermoso legado que mantiene plena vigencia:

“¿Ha caído el Gigante! Pero ha caído como caen los hombres de su temple: abrumado por el peso de su gloria. Y al descender al sarcófago funerario, anhelando reposo para su venerable ancianidad, ha emprendido, también, el vuelo majestuoso hacia el templo de la inmortalidad, aureolado por el nimbo refulgente de sus acrisoladas virtudes ciudadanas, que harán perdurar su memoria en el corazón de sus compatriotas...”

(Pero) el Mariscal no ha muerto: su espíritu vive en nuestros corazones y su bastón de mando, que tendremos siempre a la vista, será, cuando marchemos al combate, el que nos señale el camino a la victoria, o el lugar en que debemos inmolarlos, al pie de nuestra bandera, antes de permitir el ultraje de nuestros enemigos”.

Por su vida ejemplar, por su trayectoria nimbada de heroísmo, por sus tantas veces probado amor a la patria, pocas figuras de nuestra historia alcanzan los relieves gloriosos del Mariscal Andrés Avelino Cáceres. Y la historia le sabe conceder hoy, en representación del sentimiento nacional, sus verdaderos y grandiosos contornos.

La posteridad le tributa perenne recuerdo con profunda veneración y la patria toda se une para honrarlo en apoteosis, recordándolo como adalid del patriotismo, como al héroe por excelencia, como al guerrero sin par y como al ciudadano sin tacha. Por sus hazañas militares y por sus virtudes cívicas, Cáceres comprometió para siempre la gratitud nacional. Porque pasarán los años, transcurrirán los lustros, las décadas y los siglos, y el recuerdo de la vida y obra de Andrés Avelino Cáceres habrá de mantenerse siempre vivo, como imperecedero paradigma. Su gloria será sempiterna, porque generaciones tras generaciones honrarán su memoria como guerrero insuperable, como estadista eminente, como egregio ciudadano y como patriota ejemplar.

Hijo Predilecto de la Patria, Cáceres ilumina con sus inmarcesibles ideales el camino que seguimos en una lucha irrenunciable por alcanzar un Perú más Libre, más Justo, más Solidario y más Digno. Por todo ello, Andrés Avelino Cáceres está siempre presente.